Haciendas Forales y Hacienda Real

HOMENAJE A:
D. Miguel Artola y D. Felipe Ruiz Martín

Colaboran: L. M. Bilbao, P. Fdez. Albadalejo, E. Fdez. de Pinedo, J. Fontana, I. Fortea, F. Tomás y Valiente y otros.

Editor: E. Fdez. de Pinedo

Servicio Editorial Argitarapen Zerbitzua

Excmo. y Magfco. Sr. Rector
Junta de Gobierno de la Universidad
Excmo. Sr. Alcalde de Vitoria
Doctoras y doctores
Compañeros y alumnos:

No voy a tratar de remedar al beocio Plutarco, pero antes de presentar individualmente la figura de cada uno de los doctorandos, ambos eméritos y académicos, me gustaría poner de relieve una serie de rasgos que han compartido y que obviamente comparten estos dos maestros de la historia, no obstante tratarse de dos caracteres tan distintos que podrían ser descritos uno por el primer movimiento de los Planetas de Gustav Holst y el otro por la Cuarta Sinfonía de Malher.

Aunque no son estrictamente coetáneos se puede afirmar que pertenecen a la misma generación, aquélla que nace en los aledaños de la Primera Guerra Mundial, en una época de rápido, aunque desigual crecimiento económico y en la que España dio un paso importante para cubrir la distancia que le separaba de sus próximos vecinos europeos. Desgraciadamente estos buenos augurios se vieron truncados por una guerra civil que les afectó tanto personal como familiarmente. Ambos se licenciaron y doctoraron en Historia, y llegaron a la cátedra de Universidad a principios de los sesenta, tras no pocas dificultades debido a las artes de quienes entonces controlaban el sistema de acceso a los puestos docentes de la Universidad. Empiezan a impartir docencia desde sus respectivas cátedras cuando están llegando a la Universidad las primeras generaciones nacidas tras la guerra civil y en un momento en que de nuevo el país reiniciaba su crecimiento económico, pero de forma tan lenta que las expectativas de conseguir un empleo para los futuros licenciados no solían ser el factor determinante a la hora de escoger carrera y en la que la vocación tenía un cierto peso. Esta confluencia, entre unos catedráticos seguros de su ciencia y unas generaciones más preocupadas por adquirir conocimientos que por poseer un título, tuvo, sin duda, efectos muy positivos. No deja de ser elocuente que impartiendo docencia en facultades distantes, en Salamanca uno y el otro en Bilbao, aún dependiente de la Universidad de Valladolid, no pocos de los actuales catedráticos de Historia económica y de Historia moderna hayamos sido alumnos a lo largo de la carrera de

D. Miguel y tras ella hayamos recalado en D. Felipe y que en la actualidad tengamos a uno y a otro por nuestros maestros. Quienes entonces buscábamos una nueva historia hallamos en ellos a los mejores guías. Y ello por varias razones.

D. Miguel y D. Felipe han sido unos puntuales y puntillosos docentes. Han sido y son dos profesionales de la materia que imparten, profesores que se preparaban sus clases, que solían dejarnos clavados en el asiento más allá de la reglamentaria hora, en suma docentes que se sabían el programa y que se esforzaban por transmitirlo de forma asimilable para la mayoría. Si alguna habilidad pedagógica han tenido ha sido la de saberse la lección. De ahí su facilidad en comunicar y transmitir sus conocimientos.

Unos conocimientos basados en unas lecturas al día y en un trabajo propio de investigación en los archivos. A través de D. Miguel nos llegó a principios de los sesenta la España imperial de J.H. Elliott, aún no traducida, la revolución francesa en el análisis de Ernest Labrousse y gracias a sus propios trabajos los orígenes de la España contemporánea y el constitucionalismo español. A través de D. Felipe pudimos asimilar lo mejor de la Escuela de los Annales, que entonces estaba revolucionando la forma de ver y de hacer la historia o pudimos entender sin la menor dificultad los complicados mecanismos financieros de la banca internacional en la Edad Moderna. Quien conozca un poco lo que por entonces se enseñaba, y los manuales de la época han dejado buenos testimonios, podrán apreciar la diferencia entre su magisterio y las enseñanzas al uso.

El estar al día y transmitir esos recientes conocimientos a los alumnos fue acompañado de una perseverante presencia en los archivos. Si sin teoría no hay ciencia, sin fuentes no es posible hacer caminar nuestros conocimientos históricos. El vaivén de la teoría a la experimentación, tan importante para avanzar en la mayoría de las ciencias, en la historia se concreta en una reflexión desde la teoría sobre los documentos. Y éstos en la mayoría de los casos están en los archivos. Los textos, si no son interrogados adecuadamente, no dan respuestas, pero los interrogatorios sin documentos producen poco. La afición al archivo, al pasarse horas, con la paciencia del pescador de caña, tratando de hallar una respuesta a nuestra hipótesis de trabajo es algo que se debe de aprender de joven, es algo que se debe de enseñar en la Facultad y cuando se realiza la tesis doctoral, y es algo que debe de acompañar permanentemente el historiador. Quien hojee las notas a pie de página de las obras de uno y de otro, tanto las de hace unos años como las que aún tienen la tinta fresca, podrán comprobar que la extensa obra de ambos está sustentada en una rica documentación de época y, por tanto, cimentada en unas sólidas bases que aseguran un largo futuro de actualidad.

Los dogmatismos, del signo que sean, no propician el clima de trabajo adecuado en ningún terreno científico, pero suelen resultar catastróficos

en el de las ciencias sociales. La necesidad de tolerancia no se refiere sólo a la elección de métodos y técnicas sino también al de los temas escogidos. Basta equivocarse en el tema de tesis o en las orientaciones impartidas para que se esterilice el trabajo de muchos jóvenes investigadores. Pero tolerancia y libertad no significan indiferencia hacia el trabajo de los dirigidos o displicente aceptación de lo que se considera un camino errado, pero que por diversas razones no se desea reconducir. La tolerancia debe de ir acompañada de honestidad para rebatir lo que se cree que no representa la dirección adecuada para conducir a buen fin un estudio. Honestidad es también permitir que trabajos colectivos dirigidos lleven la firma de todos aquellos que colaboraron en ellos aunque se haya producido un intercambio desigual de ideas, conocimientos y aportaciones, honestidad es citar a pie de página el dato o la idea recibida en una charla, en una carta, o en un trabajo inédito. Quienes hemos sido dirigidos en una u otra etapa por D. Miguel y D. Felipe sabemos que hemos realizado la tesis que deseábamos, aunque ésta no coincidiera con los intereses del momento del director y que a lo largo de su realización recibimos sugerencias, rectificaciones y apoyo. Pero no sólo quienes los teníamos por directores, sino todos aquellos que se han acercado a ellos buscando alguna orientación. Más de una vez esta generosidad ni siquiera se ha visto recompensada por una nota a pie de página y más de una publicación hunde sus raíces en sus clases, o en sus generosas ideas o en sus trabajos impresos, simplemente remedados e imitados. En el origen de la renovación de la historiografía del País Vasco están su tolerante dirección de tesis doctorales que se inician a fines de los sesenta y que ven la imprenta a lo largo de los años setenta y que todos conocemos, trabajos que han sido continuados y que hacen que en estos momentos la Historia del País Vasco sea una de las mejor investigadas.

Si han podido difundir sus conocimientos, tanto oralmente como por escrito con tan profusión y éxito se ha debido a que nos hallamos ante dos infatigables trabajadores, para quienes la jornada de trabajo no terminaba al salir de la Facultad, ni han tenido otros empleos que su magisterio. En una época en la que la cátedra era no pocas veces trampolín hacia instancias no académicas, uno y otro han persistido en su esfuerzo cotidiano por ser lo mejores dentro de su profesión. Sin duda entre el transitorio y efímero gobierno y el difícil de lograr, a veces tardío, pero permanente poder, han escogido este último y no se han equivocado. El ser los mejores en su especialidad les confiere una autoridad y un peso que el ejercicio cotidiano no desgasta, sino que, por el contrario, agranda y fortalece.

Estas características que en gran medida definen a un buen profesional las podemos encontrar en bastantes de nuestros colegas. El trabajo, la honestidad, una vocación docente plasmada en una tarea cotidiana de dedicación al alumno a través de unas clases bien construidas, serias y al día

no han sido ni son infrecuentes entre quienes nos han enseñado y enseñan en la actualidad. Sin embargo, de la mayoría de estos buenos profesionales no decimos que sean unos maestros. Se habla bien de ellos, lo que no es poco en nuestro ambiente, y se les respeta, pero al mismo tiempo se es consciente de que les falta algo, ese algo que diferencia a un buen docente de un maestro. En alguna etapa de nuestro aprendizaje ha existido uno, dos, rara vez más, profesores que han ejercido una influencia sobre nuestra forma de ver la materia objeto de nuestro estudio. De los muchos profesores que hemos tenido, unos pocos, una minoritaria minoría, nos han enseñado a distinguir entre la erudición y la ciencia, entre apilar ladrillos y construir un edificio, entre describir o narrar y comprender los motivos que han impulsado a los grupos sociales a actuar como lo hicieron, que nos ha enseñado a buscar lo esencial sin perdernos en lo accesorio, quienes del bagaje de conocimientos recogidos y acumulados por los predecesores han sabido reinterpretarlos, junto con sus propias investigaciones, y dar una nueva y más adecuada visión de su materia, en este caso del pasado histórico. Este es el caso de D. Miguel y D. Felipe.

D. Miguel Artola inició su magisterio universitario en Salamanca, en 1960, y permaneció en dicha Universidad un decenio. La Universidad de Salamanca de esa época era aquella que Tierno Galván forzadamente dejará en 1965 y en la que estaban o irían llegando en breve Lázaro Carreter, Ruipérez, Tomás y Valiente, Gloria Begué o Koldo Michelena, entre otros, y en la que desde una cátedra de instituto escribía parte de sus obras Torrente Ballester. Era también la Salamanca de Marcelino Legido y de Enrique Freijo, actualmente catedrático de esta Universidad, y en la que empezaba a caminar hacia superiores destinos José María Setién, actual obispo de San Sebastián. También hay que mencionarlo, era una Salamanca que tenía como alumna a Charo López y en la que las multicopistas de los conventos empezaban a servir para otras cosas que para hacer hojas parroquiales.

En este ambiente intelectual, en el que se alardeaba poco de interdisciplinariedad, pero en donde del seminario de Historia contemporánea se pasaba fluidamente al de Historia del Derecho o a las clases de economía política de Gloria Begué con simplemente atravesar la plaza de Anaya, en esa Salamanca, D. Miguel puso a punto sus *Textos fundamentales para la Historia,* en los que plasmó la visión de la historia mundial a través de documentos de época comentados, y edita la *España de Fernando VII* (1968) que formará el tomo 26 de la Historia de España de Menéndez Pidal, obra en la que culmina la trayectoria iniciada con los *Afrancesados* (1953) y con su publicada tesis doctoral, *Los orígenes de la España contemporánea* (1959) y se adentra en el siglo XIX, como prólogo a sus *Partidos y programas políticos,* (1974). En todas estas obras se aprecia su esfuerzo por teorizar, así se trate del análisis de la guerra de guerrillas o del estudio del sistema político instaurado por la burguesía, su rigurosa utilización

del vocabulario y un liberalismo que se presagiaba en los *Afrancesados,* que, hay que recordarlo, en su primera edición, llevaba un prólogo de Gregorio Marañón.

También de Salamanca arranca su primer acercamiento a ciertos aspectos de la historia económica a través de la dirección de diversos tomos que bajo el título genérico de *La España del Antiguo Régimen* (1961-1971) publicaron varios de sus alumnos, apoyándose en los cursos monográficos variables, cursos introducidos con gran acierto en el plan de la recién inaugurada sección de Historia de la Facultad de Letras, de la que D. Miguel fue el principal impulsor, y que esta Facultad de Filología y Geografía e Historia también en su día incorporó a su plan de estudios. Para cubrir los puestos docentes de la nueva sección D. Miguel atrajo a jóvenes doctores, hoy catedráticos, entre los que destaca el medievalista José Angel García de Cortázar. Al marchar a Madrid, D. Miguel lleva consigo a una parte de lo que constituye la primera generación de sus discípulos, entre los que luego han descollado Manuel Pérez Ledesma y Pablo Fernández Albadalejo.

Ya en la Autónoma de Madrid, D. Miguel profundiza en sus antiguos temas, ahora con planteamientos metodológicos nuevos, de los que surge *Antiguo Régimen y Revolución liberal* (1978), libro en el que analiza el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa, y se acerca a la historia económica, patrocinando clases de teoría económica en la Facultad de Historia y dedicando una buena parte de su producción historiográfica a temas de historia económica en tres vertientes. Por un lado la historia que podríamos llamar agraria, con la dirección de *La Renta Nacional de la Corona de Castilla* (1977) y el *Latifundio* (1978). Por otro, a través de su preocupación por los medios de comunicación dirigiendo y siendo coautor de *Los ferrocarriles en España* (1978) y apadrinando tesis sobre el transporte por carretera y marítimo. Alrededor de este magisterio surge lo que podríamos llamar la segunda generación de discípulos de D. Miguel. En una tercera fase se dedica al estudio de la Hacienda, con una obra ambiciosa tanto por sus planteamientos como por el período temporal escogido que es la *Hacienda del Antiguo Régimen* (1982), que arrancando del estudio de las haciendas medievales llega a la quiebra de la del Antiguo Régimen. Como no podría ser de otra forma, este trabajo es continuado con el estudio del fisco decimonónico con la *Hacienda del siglo XIX* y los *Títulos de la Deuda Pública.*

Esta labor científica se ha visto reconocida desde instancias empresariales y sociales ya que es presidente del Instituto de España y miembro de la comisión que valorará los méritos investigados del profesorado universitario y director de varias colecciones históricas. Como algunos buenos vascos, Miguel Artola lleva dentro de sí un empresario, un *Verlager,* por utilizar el polivalente término alemán. No hay que olvidar que en su juventud se dedicó a la edición de libros, uno de los cuales versaba sobre

la conquista de China por Mao Tse Zong. D. Miguel es un eficacísimo coordinador de esfuerzos individuales, con vistas a crear obras de conjunto. Ha dirigido la primera colección de Historia de España cuyo éxito comercial y científico ha obligado a las demás a seguir el camino por él abierto; desde la Fundación Juan March o desde la Universidad Menéndez Pelayo ha impulsado reuniones científicas cuyos resultados quedan plasmados en libros rápidamente agotados y en la actualidad dirige la *Enciclopedia de Historia de España,* cuyos tres primeros tomos ya están en el mercado.

Ahora, libre de las clases cotidianas, prepara un libro sobre la Monarquía Hispana y prosigue su labor docente impartiendo cursos de doctorado, monográficos y conferencias invitado por los departamentos de diversas Universidades e instituciones.

D. Felipe Ruiz Martín nace en la Tierra de Campos, realiza su carrera en Valladolid, se doctora por la Universidad Complutense de Madrid y afortunadamente para muchos de nosotros, obtiene la primera cátedra de Historia Económica en España en la Facultad de Ciencias Económicas de Bilbao. En esta ciudad pasará doce años como catedrático. La Facultad de Económicas en los años sesenta era una institución joven, que estaba construyendo sus cuadros docentes y que tenía un alumnado con inquietudes que desbordaban si no el marco académico, sin duda, el academicista. Fue la época en que se erigió en el campus de Sarriko, con gran escándalo de las por entonces fuerzas vivas, un monumento a Miguel de Unamuno, bilbaino en Salamanca, que aún perdura y en la que siendo decano de la Facultad, D. Felipe se nombró *doctor honoris causa* al economista y económetra Tinbergen. A esta Facultad llegamos unos cuantos jóvenes licenciados procedentes de Salamanca, discípulos de M. Artola, y oriundos del Norte, Luis María Bilbao, José Antonio Alvarez y yo mismo, convencidos de que había que hacer historia económica y tras conocer a D. Felipe atraídos por su forma de ver y de abordar el quehacer histórico. Y es que D. Felipe en los años sesenta resultaba una *rara avis.*

Tras la Segunda Guerra Mundial se produce en Francia y alrededor de la revista *Annales, Economies, Societés, Civilisations* la eclosión de un movimiento historiográfico que hundía sus raíces en los años treinta y que estaba cambiando la forma de hacer historia y en concreto historia económica. Esta renovación penetra en España con un cierto retraso. Como en otras épocas los alumnos aventajados de la Institución Libre de Enseñanza, D. Felipe ya doctor y catedrático de instituto, había marchado a París, agregado al *Centre National de la Recherche Scientifique Française* (de 1953 a 1957), estancia que alterna con campañas de investigación en el Archivo General de Simancas y se une a la figura de Ferdinand Braudel y definitivamente a la historia económica. El giro que supuso esta vinculación en sus planteamientos históricos ha quedado recogido en dos obras, una desgraciadamente inédita, pero que circula en xerocopias entre inicia-

dos, *Les alums espagnols* (1960) y *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo,* libro publicado en París en 1965, con un extenso prólogo que sigue siendo una buena introducción a la economía castellana de siglo XVI. Estas obras entroncaban a la historiografía económica española con la europea del momento y hacían patente las conexiones de la economía castellana con la economía-mundo del momento. D. Felipe ponía de relieve la influencia que sobre la actividad económica de la Castilla profunda tenían los tráficos y especulaciones de allende sus fronteras, que por encima de las aparentemente inamovibles estructuras existía un tinglado internacional que no sólo era diplomático o político sino también económico y que influyó no siempre de forma positiva en Castilla. Para desgracia de la mayoría del alumnado la edición se hizo en francés y ha sido más difundida, utilizada y citada allende nuestras fronteras que en nuestra propia casa. Esta es una de las paradojas de la obra de D. Felipe hasta hace unos años; Ruiz Martín ha sido más conocido en el extranjero que aquí. Cuando la presencia española en el extranjero era más bien rara, D. Felipe era en los congresos internacionales de Historia Económica una figura respetada y considerada. Una prueba de estas afirmaciones es su presencia en prestigiosas revistas extranjeras o instituciones internacionales de Historia Económica. Desde 1969 ha sido miembro del comité científico del *Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini»,* miembro de los consejos de redacción desde 1968 de la *International Review of the History of Banking* y desde 1974 de *The Journal of European Economic History.* Esta presencia en revistas e instituciones internacionales ha ido acompañada de la publicación de numerosos artículos en conferencias internacionales de Historia Económica, de las que es asiduo participante y en las conocidas *Settimanas* de Prato, por citar las dos reuniones internacionales de historiadores de la economía más prestigiosas. En los trabajos presentados en estas reuniones y en otras colaboraciones D. Felipe ha ido analizando los diversos sectores de la economía castellana de los siglos XVI y XVII, trabajos que son las piezas de la compleja estructura de su proyectado siglo de los genoveses.

La mayor parte de la producción de D. Felipe ha estado dedicada al estudio de uno de los sectores más complejos y difíciles de entender de la Historia Económica, el entramado entre la Hacienda, las finanzas públicas y privadas y la banca, exótico árbol que tuvo sus raíces extendidas no sólo por todo el imperio hispano sino también por las tierras de sus rivales y que dio sus frutos en Génova, Amsterdam o Londres, según época. A este estudio, D. Felipe ha dedicado una gran parte de su tiempo y de él ha resultado una serie de trabajos entre los que hay que destacar *La Banca en España hasta 1782,* pero también entre otros muchos, *Un expediente financiero entre 1560 y 1575, Las finanzas españolas en época de Felipe II, Los hombres de negocios genoveses, Los planes frustrados para la creación de una red de Erarios* o *Los procedimientos crediticios para la*

recaudación de los tributos fiscales en las ciudades castellanas, que marca el inicio del interés por las haciendas municipales entre otros investigadores.

Consciente de que el mundo económico no se agota en los movimientos monetarios, D. Felipe, atento también a la dirección de las investigaciones internacionales, estudió la demografía, la ganadería y el sector textil en *La población española en los tiempos modernos, Los movimientos demográficos y económicos en el reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVI, La demografía eclesiástica, Pastos y ganaderos en Castilla 1450-1600* y *Un testimonio literario sobre las manufacturas de paños de Segovia por 1625.*

Pero D. Felipe, fiel discípulo de la Escuela de los Anales, sabe que la historia la hacen los grupos humanos. Los frustrados intentos de los banqueros castellanos por sustituir a los genoveses en el financiamiento del Imperio, los enfrentamientos entre los burócratas de Felipe II y la banca internacional, los esfuerzos de los grupos oligárquicos de las ciudades castellanas, expresados a través de las Cortes, por controlar el poder de los Austrias y en especial por recortar el coste de la política imperial, su fracaso y su declive han estado en el centro de su historia económica. La conjunción, la síntesis de todas estas instancias constituye la historia real y a través de su estudio entendemos mejor el auge de una Castilla probablemente para su desgracia imperial y su declive. La universidad de Valladolid en reconocimiento de sus trabajos le confirió en 1985 el grado de Doctor Honoris Causa y el Ministerio le ha concedido la Orden de Alfonso X El Sabio.

La próxima reedición de una parte de sus obras ahora en versión castellana va a permitir conocer mejor el trabajo de un maestro que ha dedicado su tarea investigadora a uno de los temas más importantes y más áridos de la ya de por sí ardua historia económica y todos esperamos con impaciencia la publicación inminente de su estudio sobre las finanzas de Felipe IV.

Y por todo lo expuesto, solicito se proceda a investir a los Excelentísimos Sres. D. Miguel Artola y D. Felipe Ruiz Martín *Doctores Honoris Causa* por la Facultad de Filología y Geografía e Historia de la Universidad del País Vasco.